

Emile Henry

*

*Declaración de
"Emile Henry"*

los muertos de hambre comienzan a interrumpir las calles que conducen a los Terminus y a los restaurantes Foyot; vosotros añadiréis más nombres a la lista sangrienta de nuestros muertos.

Ahorcados en Chicago, decapitados en Alemania, agarrotados en Jerez, fusilados en Barcelona, guillotinado en Montbrisson y en París, han muerto muchos de los nuestros, pero no habéis podido aniquilar la anarquía. Sus raíces son muy profundas; ha nacido en una sociedad putrefacta y que se desgaja y se derriba; es una reacción violenta contra el orden establecido, y representa las aspiraciones de igualdad y de libertad, con que venimos a batir en la brecha al autoritarismo actual. Es indomable, y concluirá por vencerle y matarle”.

Paris, El 27 de Abril de 1894

organización social. Esta crítica se ha hecho ya muchas veces para que yo la repita. Mas bastará decir que me convertí en furioso enemigo de una sociedad que me parecía criminal.

Por un instante me incliné hacia el socialismo; pero bien pronto me aleje de él. Tenía yo demasiado amor por la libertad, demasiado respeto a la iniciativa individual, demasiada repugnancia a las corporaciones, para tomar un número en el ejército matriculado del Cuarto estado.

He llevado en la lucha un odio profundo, vivificado todos los días por el repugnante espectáculo de esta sociedad, donde todo es bajo, todo es asqueroso, todo es infame; donde todo se enfanga en las prisiones humanas, las tendencias generosas del corazón y el libre vuelo del pensamiento. Por todo esto, he querido castigar fuerte y justamente cuanto he podido.

De todas partes se espaba, se perseguía, se arrestaba a capricho de la policía. Multitud de individuos eran arrebatados a sus familias y arrojados en las prisiones. ¿Qué sucedía a la mujer y a los hijos del compañero arrestado?

El anarquista no era un hombre, era una bestia feroz, a la que se daba caza en todas partes, y para la que, la casta burguesa, vil esclava de la fuerza, pedía en todos los tonos el exterminio.

Al mismo tiempo se secuestraban los opúsculos y periódicos de nuestro partido, y el derecho de reunión estaba violado.

Pues bien: si vosotros hacéis responsable a todo un partido de los actos de un hombre, y hacéis cuanto podéis por bloquearle, es lógico que nosotros descarguemos nuestro odio sobre la masa entera.

¿Deberíamos atacar sólo a los diputados que hacen las leyes contra nosotros, a los magistrados que las aplican y a los polizontes que nos arrestan? No lo creo. Todos estos hombres son instrumentos; no obran en nombre propio; son instituciones constituidas por la burguesía para su defensa, y, por tanto, no son más culpables que los demás.

Los buenos burgueses que, por no estar revestidos de ningún cargo especial, pasan su vida disfrutando los dividendos producidos por el trabajo de sus obreros, deben sufrir también su parte de represalias.

En esta guerra sin tregua que hemos declarado a la burguesía, no queremos ninguna piedad.

Nosotros damos la muerte y sabemos sufrirla, y por eso espero vuestro veredicto con indiferencia. Sé que mi cabeza no será la última que caiga, porque

¿Quién fue Emile Henry?

Emile Henry nació en Barcelona en 1872; fue un anarquista francoespañol responsable por dos atentados con bomba, el más conocido en el café del Hotel Terminus, en la Gare Saint-Lazere parisina donde murió una persona y quedaron otras veinte heridas. Aunque fue breve su participación en el movimiento anarquista, recibió mucha atención por sus acciones, motivo de gran preocupación de la sociedad de la época.

Henry creció en un ambiente revolucionario aristocrático. Su padre Fortuné Henry fue un communard (miembro de la Comuna de París), sentenciado a muerte en ausencia, ya que había conseguido escapar de la represión que siguió a la derrota, refugiándose en España, donde nacieron sus dos hijos. Fortuné retornó a Francia en 1882 después de la amnistía, y más tarde trabajaría en el periódico L'En-dehors. Su hermano también tuvo participación en los círculos anarquistas franceses.

Al contrario de otros anarquistas provenientes de las clases más bajas, Henry era un intelectual, había concurrido a la escuela Jean-Baptist Say donde era considerado por sus colegas como uno de los más brillantes y solidarios estudiantes. El testimonio de uno de sus profesores de esta escuela lo describía como alguien genial desde la infancia, el más honesto que había conocido. Por sus méritos en cierta ocasión al ser premiado con un uniforme de la Escuela Politécnica, Henry lo rechazó diciendo que no quería ser un militar, y que no quería ser mandado contra los pobres infortunados como los de Fourmies.

Motivaciones

De todos los anarquistas en Francia, Henry fue el que más se afectó por el guillotinado de Auguste Vaillant el 3 de febrero de 1894, por la destrucción de un solar gubernamental en un atentado donde no había habido heridos graves. Henry tomó para sí la tarea de vengar el asesinato de su compañero revolucionario. Su venganza sería aplicada sobre los asistentes del lujoso Café Terminus, frecuentado en la época casi exclusivamente por miembros de la élite francesa, considerado por los socialistas radicales de aquel entonces como un símbolo de la arrogancia burguesa. El objetivo de su atentado era matar tantas personas como fuese posible con la explosión de una bomba.

Acciones

El 8 de noviembre de 1892 una bomba destinada a explotar en las oficinas de la Compañía minera Carmaux fue dejada por un empleado del lugar en la delegación de la policía en la calle des bons enfants. La bomba

explotó matando a cinco personas, y una sexta fue víctima de un ataque cardíaco. El supuesto empleado era en realidad Émile Henry, que escapó y fue perseguido por un oficial de policía y un mesero de un café que se sumó. Henry extrajo un arma y disparó por sobre los perseguidores, sin acertar a nadie, pero más adelante volvió a disparar hiriendo gravemente al policía.

A las 19:00 de la noche del 12 de febrero de 1894, un joven rubio entró en el lujoso Café Terminus, parte del hotel del mismo nombre. Arrojó un paquete con explosivos que extrajo de su bolso, dando contra una lámpara de cristal. Explotó, dispersando astillas de cristal sobre los parroquianos. Los clientes aturdidos corrieron hacia todos lados buscando escapar, siendo el resultado un muerto y veinte heridos.

El juicio

El 27 de Abril de 1894 Émile Henry compareció ante el Tribunal de Assize de Seine para ser juzgado por sus actos. Durante la audiencia las respuestas del terrorista anarquista fueron en tono desafiante y provocación, hecho que provocó el espanto de los presentes.

Cuando el juez que presidía la sesión le espetó, "...todos pudimos ver tus manos cubiertas de sangre hoy.", Henry le respondió, "mi mano está tan cubierta de sangre como enrojecidas están sus ropas".

Al ser interrogado por el motivo por el que había herido a tantas personas inocentes innecesariamente, respondió que, "...no había ningún inocente allí, porque no existe burguesía inocente".

Al recibir su sentencia gritó: ¡Camaradas, Coraje. Larga Vida a la Anarquía!

Ejecución

Émile Henry, a los 22 años de edad, fue guillotinado a las 4 horas y 14 minutos de la madrugada del 21 de mayo de 1894 en París. Su ejecución fue festejada por los periódicos de las principales capitales, como ejemplo de eficacia técnica y de justicia.

Declaración de Emile Henry

"El juicio os ha demostrado que yo me reconozco autor de estos hechos. No es mi defensa la que quiero hacer; no pretendo, de ningún modo, esquivar las represalias de la sociedad, a quien yo he atacado, porque no reconozco más que un solo tribunal, mi conciencia; el veredicto de cualquier otro me es indiferente.

Quiero tan sólo explicar mis actos, y explicar también cómo fui arrastrado a cometerlos.

Soy anarquista desde hace poco tiempo, pues sólo desde 1891 me he lanzado al movimiento revolucionario. Viví primero en un ambiente impregnado por completo de la moral actual. Yo estaba acostumbrado a respetar y aun a amar a la patria, la familia, la autoridad y la propiedad. Pero los que educan a la generación actual se olvidan frecuentemente de una cosa, y es que la vida, con sus luchas y sus dolores, con sus injusticias y sus iniquidades, se encarga de abrir los ojos de los ignorantes a la realidad. Esto es lo que me ha ocurrido y les ha ocurrido a todos. Se me había dicho que la vida estaba fácil y generosamente abierta a la inteligencia y a la energía; mas la experiencia me demostró que sólo los cínicos, los viles y los rastreros logran un buen puesto en el banquete.

Se me había dicho que las instituciones sociales estaban basadas sobre la justicia y la igualdad, y yo no he visto en torno de mí mas que mentiras y bribonadas.

Cada día que pasaba me mataba una ilusión. Por donde quiera que iba, me saltaban a la vista testimonios de los mismos dolores sufridos por los unos, de los mismos deleites gozados por los otros. No tardé en comprender que las grandes palabras que me habían enseñado a venerar: honor, devoción, deber, eran máscaras que encubrían las más vergonzosas torpezas y liviandades.

El industrial que edifica una fortuna colosal con el trabajo de sus obreros, que de todo carecen, era una persona honrada.

El diputado, el ministro, cuyas manos están siempre abiertas para recibir el precio del soborno, eran los encargados de velar por el bien público.

El oficial que había probado el nuevo modelo de fusil, sobre dos niños de siete años, había cumplido su deber, y el mismo Presidente del Consejo de Ministros le felicitaba en pleno Parlamento.

Todo esto, que yo veía, sublevó mi espíritu, y lo indujo a criticar la actual